

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

dormir, soñar y otras cosas

EL sueño nos aguarda como un objetivo final. El sueño y el reposo, en el orden de las ambiciones humanas, constituyen ya un sinónimo. El reposo definitivo sería, así, nuestro sueño eterno. En lengua castellana soñar es, a la vez, equivalente para el hecho mismo de soñar durmiendo y de lucubrar. Se dice de fulano que es un soñador no porque se pase el día durmiendo con proyección de íntimas imágenes, sino porque es un fantaseador, un idealista despejado y despierto. Igualmente es ambigua la versión del sueño en sí misma; tener sueño es tener ganas de dormir, tener «un sueño» es haber poblado esa dormición con determinadas imágenes. Soñar, dormir, fantasear —despierto o dormido— son vertientes de un panorama amplísimo, que la lengua castellana despacha con un solo término. La amplitud y variedad de lo que indica sólo obtendrá el matiz requerido cuando expliquemos de qué tipo de sueño se trata. En realidad, soñar es explicarse algo.

Lo que no acaba de ser cierto es que la muerte sea, según decían los románticos, el «sueño eterno». Hay una disyuntiva fundamental entre el sueño y la muerte. Nosotros, los que vivimos, podemos atribuir a los muertos cierta actitud y cierta apariencia durmiente. Las esculturas yacentes en las catedrales, duermen, sí, un sueño eterno, de granito o de mármol. En realidad, duermen el sueño de la piedra hecha forma. No así los muertos de verdad. Alrededor de los muertos todo se confabula para que vivan aún; y, por tanto —para nosotros—, duermen. El más hermoso de los milagros del Evangelio es el de la hija de Iano. «No estaba muerta, sino dormida.» Mas llega pronto un instante en que, entre despertar junto a nosotros o someterse a la terrible corrupción de la materia en podredumbre, la ley de la muerte —que es la ley de la vida— exige esto último.

El sueño pertenece a la vida; es uno de los secretos y de los poderosos resortes de la vida misma. Cuando la mujer de Mackbeth asesina a su esposo en pleno sueño, salta escalofriada del lecho y grita: «He matado al sueño.» Matar el sueño es matar la vida. Junto a los hospitales se inscribe: «Silencio», porque dormir es caminar hacia la salud. El ser humano se tiene que hundir a plomo en el reposo carnal y mental para recuperar luego la energía y el equilibrio. Cuando nacemos seguimos durmiendo casi con tanto ahínco y durante tanto tiempo como durmimos en nuestra gestación. Del nacimiento se dice también «ver la luz». Vemos la luz, es decir, despertamos un poco; cosa que no dejaremos de hacer ya más hasta nuestra extinción, cuando ya estemos absolutamente en el cenit de nuestra vigilia humana.

En el interregno entre el nacimiento y la muerte resulta importantísimo mantener un equilibrio prudente y continuado entre el sueño y la vigilia. El sueño —el buen sueño— no se nos da porque sí. Es un factor fundamental de salud que, a diferencia de los demás —la alimentación, la calefacción, la vivienda, por ejemplo—, es gratuito. Pero a esa naturalidad del buen sueño acostumbramos nosotros a oponerle infinidad de obstáculos y de zancadillas. En nuestra niñez tenemos una manera total y perentoria de zambullirnos en el sueño. El espectáculo del sueño de los niños debiera constituir para nosotros una elocuente lección. Los niños se hunden en el sueño, según dijo el poeta, «como una piedra en un estanque». Ello

ocurre porque, en un momento determinado, al niño se le desarticulan los resortes mentales y psíquicos que lo unen al mundo exterior y a sus experiencias de la jornada y sucumbe a la pura ataraxia, a la fatiga y a la inanimidad. Nosotros, en cambio, nos aferramos a la experiencia, no sabemos cortar el circuito ni renunciar de un golpe a la carga emocional de la jornada. Justamente a aquellas horas se tornan más punzantes los fantasmas y las aristas emocionales. Esa carga que no podemos o no queremos vaciar en el sueño nos acompaña con los estimulantes o con los calmantes que corremos a buscar a una farmacia o a una sala de espectáculos. Cuando conseguimos dormir, esa carga emocional no ha sido barrida del todo. Transita vivaz y ahogada por el interior de nuestro sueño, a punto siempre de llamarnos y de sobresaltarnos. Nuestro sueño está lleno de recuerdos que pueden reavivarse en cualquier instante, y que de hecho se reavivan pronto y nos irritan aún más.

la civilización insomne

Si hubiera que bautizar de algún modo a nuestra civilización podría utilizarse el término de «civilización Insomne». Hemos sido educados para dormir poco y mal. Todos los hombres de este tiempo han conocido la inmensa tristeza de despertar de madrugada en mitad de la noche y de la guerra. El sueño de las chabolas y de las trincheras es un sueño casi absoluto, pero breve; sobre el suelo uno se duerme como duermen las cosas de la tierra, los terrones, el topo o la piedra. Pero en los frentes se sueñan sueños de juventud, tibias playas soleadas, y despertar entonces es ponerse de pie en la mitad del miedo, de la tiniebla y de la muerte.

los corazones fatigados

Contra eso opone la cultura bioquímica de nuestra época una gama de comprimidos que sustituyen, en el hombre, lo que en el niño fuera pura acción de sus resortes interiores. Las farmacias están llenas de píldoras destinadas a deshacer el nudo del insomnio, a restituir al hombre del pijama su indiferencia emotiva, a darle una cierta paz de ocho horas. A veces, cuando éramos niños, sentíamos una mano amable y familiar que llegaba, en mitad de nuestro incierto sueño, a ahuecarnos y a volvernos la almohada del lado de su frescor. Precisamente Proust ha narrado esas indefinibles sensaciones como ningún otro escritor en el mundo. Hoy, nosotros mismos nos echamos una pastilla al esófago, con lo que desaparecen de un golpe almohada, mano amiga, la luna misma y todos los espectros de la diurna realidad.

No podemos tomar partido sobre la epidemia de pastillismo sedante, porque no quisiéramos vernos en trance de punición postrera, llegado el caso de que nuestra capacidad de dormición se resquebrajara. Pero sin ánimo de desafiar esa eventualidad, creemos objetivamente que el remedio no es bueno más que en casos de total apuro.

Hay damas que toman de esas pastillas como los confites del sereno, y al cabo del tiempo ya se han

En aquellos instantes pasa un frío terrible por dentro del corazón. Yo creo que una parte de ese sueño interrumpido ya no se recuperará más. Por eso dice Salvatore Quasimodo que «los soldados lloran por la noche».

Pero no es la guerra solamente la que ha tornado «insomne» a nuestra civilización. El hombre de hoy no duerme como sus antepasados precisamente porque está dotado de inventiva y tiene conciencia de su privilegio, que es la inteligencia. La finura de muchas de sus percepciones le impide reposar. El sueño se recuperará cuando el hombre se desintellectualice, se simplifique y deje en el guardarropa el silogismo y la razón pura. Mas, ¿quién es capaz de dejar eso en el guardarropa?

Infinidad de creaciones artísticas han nacido de la imposibilidad de dormir. El tremendo insomne que fue Leopardi ha fundado la noche despierta y literaria a rastras de su incapacidad para conciliar el sueño. El cantó a la luna el primero como un testigo único, como a una cómplice inseparable de su vigilia.

Che fai tu luna in ciel, dimme che fai
silenciosa luna?...

Marcelo Proust, incapaz de dormir, en seis años dio la cima a su obra extraordinaria. En las tremendas veladas literarias de su enfermedad desmenuzó el mundo poético y soñador de su adolescencia, que es como la ventana dorada a la que se asomaba la vida irreal y fluctuante de los recuerdos y de las sensaciones. No hablamos ya de los poetas malditos intoxicados del alcohol, de las drogas de la propia literatura, sino simplemente de los hombres que buscaron su sueño sin ingredientes. Cuenta Axel Munthe la inmensa desolación de la noche del insomne y algunos de nosotros hemos conocido alguna vez la profunda caverna que es una noche sin sueño para el espíritu rendido.

vuelto ellas mismas espectrales y bioquímicas. Pero hay más; si esas pastillas servían para incrustar a esa dama en el sopor cuando era indispensable, como contrapartida existen otras pastillas estimulantes para retornar los ánimos al humor y a la agudeza de los cocktails. La bioquímica espabilatoria no es menos abundante y eficaz que la otra. Ciertas damas alternan, pues, ambas mixturas de modo que de madrugada ingieren la de ir a dormir y a media tarde la de ponerse el «Balenciaga». El soberano super-cocktail bio-químico produce en ellas un semi-estado de lucidez que alterna a rachas con el proliamente sonambólico; de ambos letargos las saca puntualmente el primer martini. El resultado final de todo ello son esas taquicardias que se escuchan a distancia, taquicardias de onda-corta, a veces en cuanto una de esas damas no hace más que pisar el hall de la casa o del hotel en que se sirva el «cocktail». Con la nueva arquitectura, hecha de carpintería metálica y de enormes cristalladas, hay un contagio electrónico en los cristales y en las fruslerías, audible atentamente por pequeñas vibraciones: es el sueño atrasado y desconcertado de los corazones fatigados. Es el ritmo escondido y enfermizo de aquellas arterias que no se atrevieron a vivir según su propio y elemental impulso.